

11. LA JUSTICIA: ¿EXISTE?

El equilibrio es la base de la Gran Obra. Máxima alquímica.

Hemos completado la fila superior de los Arcanos del Tarot, los cuales comprendían el Reino de los Dioses, dominio de los arquetipos mayores. (Véase el mapa del viaje, fig.3). Vamos a estudiar ahora la fila de en medio, esto es el Reino del Equilibrio, llamada así pues se halla a mitad de camino entre el cielo y la tierra. Podemos pensar en la fila superior como la que representa el espíritu; la inferior representa a la Naturaleza y la de en medio al hombre, cuya función es mediar entre los dioses y las bestias. De todas las criaturas terrestres solamente el hombre se mantiene firme, derecho, conectando el cielo y la tierra; es quien encarna y simboliza la unión entre el espíritu y la carne. A través del hombre las energías yin y yang se sintetizan y se expanden.

Se ha dicho siempre que el Señor creó el cielo y la tierra en seis días y que el séptimo descansó. Como pudimos ver, el reino de los Dioses, el de los arquetipos primarios que comprendía la fila superior, está completo. La séptima carta, el Carro, representa al héroe embarcado en la búsqueda de su autorrealización. Ahora, pues, el Creador puede descansar, ya que entramos aquí en el Reino del Equilibrio, donde es el hombre quien tiene el papel más activo en el proceso de su evolución creativa.

En la fila superior podemos ver algunas figuras mágicas o sobrehumanas, culminando todas en el conductor del carro, cuyo vehículo era guiado por poderes invisibles que manejan riendas también invisibles. Ahora ha llegado el momento en que el hombre ha de poner las manos en esas riendas para participar de modo más activo en su propio desarrollo.

La primera figura a quien hemos de acudir en busca de ayuda es la Justicia (fig. 39). El Loco nos dice que no es más que una ilusión óptica pues (como cualquier loco sabe) la justicia no existe. Por raro que parezca, es una aproximación saludable a la figura entronizada aquí, pues sus balanzas no van a medir nuestras acciones, a premiarlas ni castigarlas ojo por ojo. Los móviles del comportamiento humano son tan diversos y sutiles que no se pueden calificar tan mecánicamente.

La espada dorada que muestra está dedicada a menesteres más altos que enderezar al malvado y es un arma demasiado importante para utilizarla tan sólo para complacer a los virtuosos. Hemos de empezar a acostumbrarnos a vivir en un mundo donde los tramposos parecen prosperar, mientras que los inocentes acaban en la cuneta. Job no fue el primero ni el último en quejarse de esto y debemos de admitir que la situación no es fácilmente aceptable. A pesar de siglos llenos de malestar humano a los cuales todos hemos añadido lágrimas propias de alguna manera, creemos persistentemente en que la justicia triunfará algún día. Tanto si la delegamos a los cielos como si la encerramos en el Palacio de Justicia, permanece sentada ante nuestros ojos, incorruptible y todopoderosa, dispuesta a ahorrarnos las molestias de un conflicto moral al decidir, y definir problemas de inocencia o culpabilidad.

«En el Juicio Final se premiará la virtud» decían nuestros antepasados. Quizá, pero no hemos llegado de ninguna manera a este juicio final famoso e incluso alguno de los que deben intervenir en él, están hechos un lío. Quizá sea más conveniente que nos asesoremos mejor sobre el problema de la inocencia o la culpabilidad ya que de hecho todos somos inocentes y culpables.

Uno de los significados de la palabra «inocente» es equivalente a ignorante. Sólo la ignorancia se imagina que está libre de culpa. Así pues, cada uno de nosotros tiene que soportar el peso doble de la carga de su inocente ignorancia y el profundo sentido de culpabilidad que viene inevitablemente después de cada mordisco nuevo que le damos a la manzana del conocimiento. Los dos platillos de la balanza de la Justicia están vacíos,

dispuestos a recibir y aceptar nuestra dualidad humana. Solamente con la intención de que nosotros también aceptemos nuestra doble naturaleza, podremos acercarnos a ella y entenderla.

El número de esta carta es el ocho y la representación de la cifra arábica repite en vertical los platillos de la balanza. Los dos ejes, el celestial y el terrestre, están ambos comprometidos en la consecución del equilibrio.

El simbolismo de la Justicia alude constantemente a la unión armoniosa de las fuerzas opuestas. Sentada en un trono, esta amplia figura femenina simboliza el sobrehumano poder femenino. Con todo, sostiene una espada y lleva un casco de guerrero para indicarnos que el coraje y el discernimiento masculino también están incluidos en su tarea. Su espada no aparece sujeta en posición de ataque ni de defensa, sino más bien derecha, como pudiera sostenerse un cetro o cualquier otro símbolo de poder. Quizá la Justicia la sujeta así para recordarnos la llameante espada de las puertas del Paraíso y advertirnos que no se puede volver jamás a la inocencia de la niñez. Tenemos que asumir la total responsabilidad de cualquier conocimiento sobre el bien o el mal que hayamos adquirido. El arma es muy grande y de oro, lo que da más fuerza a su valor imperecedero.

«No vengo a traer la paz sino la espada». En este estadio de la serie del Tarot, el héroe abandonó para siempre la bendita etapa de la inconsciencia, para asumir el reto y la responsabilidad que representa la espada. Tiene ya que dejar de reprender a sus padres o al Destino por las faltas cometidas contra él, por reales que éstas sean, y soportar el lastre de su propia culpabilidad. Solamente la persona loca está interesada por la culpa de otros, puesto que esto no puede cambiar. Si el héroe sigue viendo a sus padres como los malvados responsables de sus carencias y limitaciones, está tan atado a ellos todavía como cuando los consideraba sus salvadores infalibles. Cortar el cordón umbilical significa, psicológicamente, separarse o liberarse de toda dependencia infantil, tanto negativa como positiva. El significado ritual de la espada de oro de la Justicia es sacrificio. Como un acto ritual, el héroe debe ofrecer en sacrificio los lazos que le ataban aún a sus padres. Mentalmente, sus padres usarán también el cuchillo para liberarse de la dependencia inconsciente que tenían sobre él. Solamente entonces podrá existir una relación equilibrada y adulta entre las generaciones. La espada también simboliza el sacrificio de ilusiones y pretensiones de muchos tipos. Aquí el joven ego da un paso definitivo para salir del jardín del Paraíso. No puede vivir más tiempo la vida provisional de los sueños imposibles. Ha de usar la espada para separar la fantasía de la realidad, y los platillos para pesar las mil posibilidades de perfección que su imaginación programa, contra las realidades imperfectas del espacio, el tiempo y las energías humanas.

La espada representa el poder dorado del discernimiento que nos permite abrirnos paso a través de capas de confusión y falsas imágenes para revelarnos una verdad central. Hablando de esto, podemos recordar al rey Salomón cuando tuvo que enfrentarse a dos mujeres que reclamaban para sí el derecho a ser madres de un mismo hijo. Sugirió que se cortara al niño por la mitad, ante cuya idea la madre verdadera se identificó inmediatamente por su reacción emotiva. Sin usar su espada, la visión del rey Salomón penetró a través de la materia, llegando al fondo de la cuestión.

La Justicia sostiene su espada con la punta señalando al cielo. Sólida e inmóvil, actúa como una plomada, para mantener la decisión fiel al espíritu. En su mano izquierda sostiene la balanza, cuyos platillos se hallan conectados por una línea horizontal, enfatizando así el eje terrenal. A diferencia de la espada, la balanza es móvil, sugiriéndonos la relatividad de toda experiencia humana y la necesidad de sopesar cada actuación individual como fenómeno único. Las dos copas, símbolos de la receptividad femenina y de la dualidad, contrastan con la representación no comprometida de la espada masculina. Las

respectivas líneas horizontales y verticales de las balanzas y de la espada juntas, forman la cruz del progreso espiritual contra la limitación humana, así como también del idealismo contra el sentido práctico, la cruz en la que nos encontramos todos clavados. La Justicia hace de mediadora entre estas dos realidades.

No mira ni a la balanza ni a la espada; en lugar de eso, está erguida mirando al frente, casi como si estuviera en trance. Simplemente, su función requiere visión interior más que visión intelectual. Algunas veces lleva los ojos vendados para que su juicio no se vea confundido por detalles, ni su imparcialidad comprometida por consideraciones personales. No tiene nada que ver con el intercambio de ojos y de dientes. Su pesar y medir es mucho más sutil. Por esta razón Aleister Crowley llama a esa carta el Ajuste.

Nuestros juzgados están principalmente comprometidos con el ajuste o la regulación, ejercen un trabajo de equilibrio entre los individuos y el estado, entre un individuo y otro. La solución correcta para un problema legal no se determina por el significado de una regla resbaladiza, el demandante que gana un pleito no puede recobrar nunca todo lo que perdió, sea salud, bienes materiales, tiempo precioso o la honorabilidad de su nombre. El tribunal puede tan sólo concederle una compensación. La naturaleza también ofrece una compensación, aunque aquí, otra vez, lo que se perdió nunca va a ser recobrado exactamente. Por ejemplo: cuando un sentido es mutilado, otro sentido se hace más agudo. Sea lo que sea lo que se gane, nunca es igual a lo que se ha perdido, ni puede decirse que sea precisamente su contrario; eso compensa de alguna manera por la capacidad perdida.

La psique, como el cuerpo, es parte de la naturaleza; no es de extrañar, pues, que actúe según las mismas leyes de compensación. El inconsciente actúa siempre de una manera que compensa las carencias del consciente. Un sueño no trae imágenes diametralmente opuestas a la realidad del consciente. En su lugar, las figuras del sueño suelen modificar la posición del ego. No son, pues, enemigas de la consciencia; hay que verlas más bien como oponentes en un juego amistoso o como colaboradores comprometidos en un trabajo de equipo. Jung afirma que nuestros sueños son complementarios del estado actual del ego y que la palabra complementar significa «completar». Estar completo, añade, no es estar perfecto. La psique es un sistema de auto-regulación cuya meta no es la perfección, sino el equilibrio y la plenitud.

Jung describe en *Psicología y Alquimia* cómo la alquimia surgió para compensar el punto de vista ortodoxo cristiano. De manera similar, las figuras del Tarot que estamos observando podrían considerarse como la reacción compensatoria al intelectualismo estéril de la Iglesia. Ciertamente, su resurgir hoy en día actúa como un contrapeso feliz a nuestra psicología computarizada. Sus silenciosos misterios nos ayudan a soportar la pesada carga de los hechos estadísticos actuales. Su mensaje pictórico nos ayuda a recobrar el equilibrio.

Nuestros sueños también se nos presentan con imágenes, imágenes en movimiento; sus personajes interpretan aspectos de nosotros mismos de los cuales nuestra mente consciente no se da cuenta. Al igual que los dos platillos de la balanza de la Justicia, el consciente y el inconsciente se encuentran en un diálogo permanente. Se hallan en un constante balanceo, en un constante baile de compensación. La contemplación de la Justicia del Tarot nos sugiere numerosas formas en que los opuestos trabajan juntos. Por ejemplo: los dos platillos de la balanza son, de hecho, partes de un todo. La barra que los conecta los mantiene unidos, de manera que puedan funcionar. También los mantiene separados para que puedan funcionar.

El modo en que los dos platillos se oponen entre sí ilustra el sentido original de la palabra «opuestos», la cual se refiere únicamente a la colocación en el espacio. En su origen, esta

palabra no tenía implicaciones de hostilidad ni conflicto; suponía relación. «La pared norte de la habitación se opone a la pared sur». Así, vemos cómo las «dos paredes opuestas» de la habitación sirven juntas para sostener el techo. Las dos bandejas de la balanza existen de modo similar en una amistosa oposición entre ambas.

«En el principio» tanto histórico como en nuestro desarrollo personal, no se diferenciaban los opuestos. Todo era fluido y confuso. Incluso la conciencia se hallaba inmersa en las aguas del inconsciente. Fue cuestión de siglos y siglos que Excalibur surgiera de las aguas y encontrara su lugar en manos de la Justicia. Alan Watts nos recuerda que, en el origen, la identidad de los opuestos era la misma y lo ejemplifica con varias palabras todavía corrientes en varios idiomas. Cita la palabra latina *altus*, que significa a la vez, «alto» y «bajo»; la palabra alemana *Boden*, que significa ambas cosas: «ático» y «sótano», y el verbo inglés *to cleave*, que significa «unir» y «separar». Hemos visto ya cómo se puede utilizar la espada de la Justicia como un principio al cual aferrarse para «mantener», y también como instrumento para «dividir».

En momentos de tensión, cuando perdemos contacto con la espada, regresamos a los principios de nuestro inconsciente, donde los opuestos se encuentran tan juntos que casi son idénticos. Allí, poseídos por la Diosa Luna, señora del agua, nuestras mareas fluyen a su mismo ritmo. Reímos y lloramos en la misma exhalación, o despachamos a nuestro amor desde la puerta, ahogándonos inmediatamente después en lágrimas de arrepentimiento. Si las presiones son intensas, las evaluaciones morales pueden encontrarse sumergidas en la emoción. Entonces, en un arranque de furia podemos sacar la espada para mutilar y destruir a nuestros amigos, psicológicamente hablando, o podemos blandirla cometiendo literalmente crímenes insensatos o actos de pasión.

Cuando sentimos que dentro de nosotros crece la tensión producida por la emoción, meditar sobre la balanza dorada de la Justicia puede ayudarnos a recuperar el equilibrio. Ésta es una bella muestra de cómo los opuestos pueden actuar juntos de manera creativa. La barra de oro que las sostiene, las separa, de manera que fuerzas tales como el bien y el mal, el amor y el odio queden separadas; y también las mantiene juntas, para que ninguna de ellas pueda separarse y hacerse autónoma. Como Shakti y Shiva, están comprometidos para siempre en una especie de danza. Un movimiento continuo será su esencia. Permanecer inmóviles sería el estancamiento. Contrastando con la pesada figura de la Justicia, la balanza está dibujada con gracia y delicadeza. Me gusta imaginar a la Justicia, levantarse y sostenerla en lo alto (como la hemos visto algunas veces representada). Cuando lo hace así, los platillos de la balanza se mueven graciosos y constantemente.

Un Tarot suizo representa a la mismísima Justicia en movimiento. Va vestida como para batirse en duelo, la espada a punto de iniciar este deporte, que es el drama ritual de las fuerzas en oposición. La carta suiza pone en evidencia que el tipo de medición que hace la balanza de la Justicia no es necesariamente algo que se haga post-mortem y en solitario. Con un poco de práctica, podemos tenerlo a mano en momentos de tensión, para parar el golpe y/o empujar si hace falta, en nuestras confrontaciones diarias a medida que surjan.

Toda separación del vientre materno de lo inconsciente lleva consigo un sentimiento de culpabilidad, puesto que aparece como una lesión a la totalidad. La conciencia es una actividad del yo-mismo y como tal es esencialmente una cuestión privada e individual. Tanto si lo proyectamos hacia afuera, a leyes o credos externos, como si decidimos sobre problemas morales de orden individual, el punto en que nos sentimos culpables está en relación con nuestro fuero interno. Tengo amigos que por voluntad propia no pueden comer carne ni huevos; otros que sin dieta alimentaria ninguna se sienten culpables si no hacen meditación a diario. Algunos jóvenes conocidos se negaron a luchar en el Vietnam, cada uno por diferentes razones y de distinta manera. Algunos cooperaron en el esfuerzo

de la guerra, pero se negaron a llevar armas. Otros soportaron el encarcelamiento por negarse a colaborar en forma alguna. Cada uno de estos jóvenes tomó una decisión diferente y cada decisión fue apropiada y, en este sentido, correcta para él.

Jung lo dice de esta manera: «No se debe olvidar jamás (y eso habría que recordárselo a la escuela freudiana) que la moral no fue bajada del Sinaí en tablas de piedra e impuesta al pueblo, sino que es una función del alma humana tan antigua como la humanidad misma... Es el regulador instintivo de la acción, que también gobierna la vida colectiva de la grey».2 Pero, inevitablemente, existe siempre un retraso cultural entre la expresión de la conciencia individual y su codificación en la ley pública. Es labor, pues, de la justicia equilibrar midiendo y pesando las confrontaciones individuales y las leyes escritas. Sorprendentemente, nuestros tribunales son capaces de realizar este difícil trabajo más a menudo de lo que podemos imaginar. Quizá esto es así pues la Justicia, tal como aparece en nuestra tradición y en el Tarot, es una mujer, y estos temas de conciencia caen en los dominios tradicionales de la mujer, que son los del sentimiento.

James Hulmán explora en detalle la estrecha relación entre la justicia y el sentimiento en su libro «Lecturas sobre la tipología de Jung». Llama a la Carta de los Derechos Humanos «un documento donde se expresa al máximo la función del sentimiento». Hulmán dice así: «Algunas veces olvidamos que la aplicación de la ley por los jueces es una operación del sentimiento y que las leyes se inventaron, no sólo para proteger la propiedad privada o asegurar a los sacerdotes y a la clase dirigente en su poder, sino que también fueron pensadas para evaluar problemas difíciles y hacer justicia en asuntos humanos. Juzgar es una cuestión de sentimiento. Así como en los templos de Saturno se colocaba una balanza, decimos en astrología que Saturno está bien situado cuando se encuentra en Libra. Una decisión salomónica no es un golpe bien asentado a través del nudo gordiano de las complejidades, sino más bien un juicio formulado con el sentimiento.»3

En la baraja de Marsella, la Justicia se nos muestra seria e intransigente, pero no apareció siempre así. Muestro a continuación dos retratos más, donde se revela su aspecto femenino, más amable. En la primera, podemos ver a Maat, la diosa egipcia de la Justicia, la Verdad y la Ley (fig. 40); su símbolo, la pluma, la conecta con el reino del Aire y el espíritu de los pájaros. La labor de Maat era pesar las almas de los muertos para determinar su suerte en el mundo inferior. Para hacerlo, colocaba su pluma en un platillo de la balanza y el alma del muerto en el otro platillo. Aquéllos cuyo corazón se había enterrado pesando su culpabilidad más que la pluma, eran tachados de defectuosos. Para realizar este trabajo se requería un poder de discernimiento tan agudo y sutil como el balanceo de los platillos. El segundo retrato que podemos ver (fig. 41) es de un Tarot del siglo XV, uno de los más antiguos que existen. Nos muestra a la Justicia como una joven con un vestido lleno de flores. Su apariencia es extremadamente femenina, venusiana casi. Esta representación del Tarot conecta claramente a la Justicia y su balanza con Libra, que también está regida por Venus.

De hecho la Justicia está relacionada con Libra a través de su antecesora Astrea. Ésta fue la última hija de Zeus y Themis, descendió a la Tierra durante la edad de oro y tuvo una influencia benéfica sobre la humanidad. Las constantes peleas entre los hombres y su impiedad hicieron que volviera a los cielos, pues la falta de armonía era contraria a su naturaleza. Se le otorgó un lugar fijo en el cielo como Virgo. La constelación de Virgo fue dividida más tarde para formar los signos astrológicos de Virgo y Libra.

En esencia, la Justicia no se relaciona con la exactitud matemática sino más bien, como Astrea, con la armonía, la belleza funcional y un tipo de verdad que trasciende la pura medida. «La belleza es verdad; la verdad, belleza.» Esta realidad que Keats hizo famosa en su ecuación poética, inspirada en los mármoles de Elgin, queda inmortalizada de nuevo en

las columnas del Partenón, que parecían cilíndricas, pero que resultan cóncavas en su capitel. Si sus proporciones se hubieran medido según las reglas de la lógica en vez de serlo por la escala de la armonía, hubieran parecido terriblemente pesadas en su extremo superior. Sus dimensiones se crearon según las limitaciones y la perspectiva del ojo humano. A pesar de su verdad imperfecta, han conseguido belleza inmortal.

Este tipo de justicia poética es la que se utiliza aparentemente, tanto en el cielo como en la tierra. No trata de moralizar ni de castigar crímenes. Se dedica más bien a la restauración de las leyes universales de la armonía y del equilibrio creativo. La filosofía griega y también su poesía nos lo recuerdan. Según Heráclito, «El sol no sobrepasará sus límites; si lo hiciera, las Erinnias, colaboradoras de la Justicia, le reprimirían».

A continuación, he aquí el relato según Ovidio de la caída de Faetón:

«Faetón, hijo de Apolo, rogó que se le dejara conducir el carro solar de su padre a través de los cielos solamente por un día. Apolo trató de disuadirle de tan peligrosa hazaña, pero el joven insistió y se le entregaron las riendas.

»En cuanto empezó la carrera, los caballos se dieron cuenta de que eran conducidos por manos inexpertas. Empezaron una carrera tan veloz, que, abandonando el sendero acostumbrado, subieron tan alto que salió humo del cielo, luego bajaron tan cerca de la tierra que las cumbres nevadas se fundieron, los bosques se quemaron, los ríos se secaron y el mar se redujo.

»Finalmente, para salvar al universo de la destrucción, el rey de los dioses se vio obligado a enviar un rayo al carro desbocado que derribó a Faetón, quien cayó envuelto en llamas sobre la tierra. Apolo, entristecido por el disgusto, ocultó su cara y, por un día la Tierra, estuvo sin Sol. »4

Según Ovidio, Faetón fue derribado, no por espíritu de venganza sino como acto de misericordia, para restaurar el equilibrio en la naturaleza; «para salvar al universo de la destrucción». En principio, nuestra justicia actúa según este espíritu: para preservar la unidad del todo, más que para castigar al individuo.

Ciertamente, la Justicia que podemos admirar en nuestro Tarot parece inmutable ante el odio o la venganza. No es una diosa a la que debemos adorar, es una mediadora que debemos usar. Como tal prepara los platillos de su balanza, para equilibrar la ecuación humana, pues está en la naturaleza humana, como en la suya propia, el crear armonía entre las fuerzas opuestas. Para avanzar espiritualmente hay que estar constantemente alerta a los poderes de estas fuerzas ocultas. Olvidarlo podría suponer inclinar un platillo hacia el autoritarismo o la esclavitud. Si hiciera esto, el hombre perdería el derecho a su humanidad.

El identificarse con una fuerza arquetípica es uno de los primeros peligros. Imaginar que somos la bella y benéfica Astrea es engreírnos asumiendo una posición celestial por encima de nuestros compañeros. Como sucede con las otras cartas del Tarot, el otro sutil peligro consiste en proyectar el significado arquetípico de la carta al exterior, ignorando su significado interno... Cuando esto sucede en relación con la carta de la Justicia, es como si perdiéramos las energías, llevando nuestros problemas ante los tribunales, en lugar de utilizarlos para examinar y corregir nuestra propia discordia interna. Sin duda alguna, todos podemos recordar gentes que se creen «la mano de la Justicia», estas almas ignorantes que constantemente están enzarzadas en batallas legales o en cruzadas sin esperanza alguna, imponiéndose a los demás o encontrándose dependientes de ellos.

Como hemos visto anteriormente, las salas de justicia son herramientas útiles para conseguir un cierto tipo de compensación y de equilibrio social. Algunas veces parece que lo que buscamos en los juicios no es lo que estamos juzgando. Algunas veces, quizá

equivocadamente, buscamos en un juicio humano la respuesta que solamente puede dársenos en un juicio divino.

Todos necesitamos ponernos en contacto con un principio de armonía universal y de equilibrio, para estar seguros de que detrás de todas las aparentes injusticias de la vida existe una Corte Celestial a la que podemos apelar y un Juez Supremo ante el que podremos plantear nuestro caso. En su libro *La respuesta a Job*, Jung insiste en la lealtad de Job hacia un Uno y la insistencia con la que pide una confrontación con su encarnación, Jehová. Una de las mayores revelaciones de Jung en este tema es el hecho de que cada uno de los protagonistas de la historia necesita al otro. Dios necesita al hombre; el hombre necesita a Dios. Esta idea queda también expresada con belleza por Gerard Manley Hopkins en un poema que se titula «Tú eres realmente justo, Señor», y se basa en el capítulo doce de Jeremías. Es uno de los más bellos poemas de la lengua inglesa, y dice así: «Señor, tú eres verdaderamente justo si yo pleiteo contigo; pero, Señor, así pues, lo que alego, es justo.»⁵

Aunque la escritura original se ha traducido de mil diversas maneras, Hopkins, al escoger la palabra «si», nos ofrece la visión de que el Todopoderoso puede colmar nuestra imagen de la Justicia Suprema, solamente «si» dialogamos con Él. Hopkins quiere decir, de hecho, que la justicia se crea solamente a través de este tipo de diálogo entre Dios y el hombre. Quizá, en el nivel más profundo de la experiencia humana, Dios y el hombre son los dos platillos de la balanza que, actuando conjuntamente, crean el Único Equilibrio, la armonía eterna cuya belleza y verdad son las únicas duraderas.